



Fragmento de novela

Premio, Concurso XXVII, 1994

LA OTRA CARA

Ana María Sánchez Mora*

I

Cuando él murió yo ya sabía. Yo ya creía saber. No vaya a pensarse que he salido de una novela de Ibarregüengoitia, no. Yo sabía que él había sido casado, que tenía cuatro hijos y todo el resto de esa historia. Había visto fotos, visitado la mansión y, aunque se me pueda juzgar mal, en algunas ocasiones le había dado la razón. No a él, sino a ella, la esposa, la ex esposa, la ahora ex viuda, la otra. La sorpresa no fue conocerla a ella, sino haber creído conocerlo a él.

Como ya comprenderán, ni esos hijos, ni la mansión, ni el matrimonio fueron míos. La vejez y la enfermedad que lo llevó a la tumba, ésas, sí me correspondieron. No se interprete esto como que me estoy quejando de haberlo cuidado. En vida fue un compañero adorable. Y aunque me llevaba bastantes años, siempre me admiró su juvenil disposición. Cuando la camilla lo trasladaba al quirófano de donde no saldría vivo, todavía tuvo la ocurrencia de plantarme un pellizco. Y eso que dicen que la gente presiente su fin, si no, quién sabe qué me habría hecho. Así era él.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Por lo menos, así fue conmigo. A veces un malhumoriento odioso, a veces un niño mimado y dulce. A veces un muchachote inseguro, otras un macho desalmado. Siempre una persona entrañable. Jamás un hombre aburrido.

Su última gracia no fue la del pellizco camino al quirófano. Ésa sorprendió al camillero, pero no a mí. La sorpresa que me dio (involuntariamente, creo) me la dio después de muerto. No se vaya a creer que resultó catatónico, o que se me apareció a los pies de la cama. Tampoco vino, por desgracia, a hacerme el amor como a una Doña Flor. Más bien resultó ser de los muertos que se voltean, pero no se asuste nadie. No se volteó durante el velorio, ni en la misa de cuerpo presente (que él no habría aceptado, pero que su madre le organizó). Se volteó en sentido figurado. Tras su fin terreno descubrí, como a la luna, el lado que nunca me había mostrado.

Está descendiendo el féretro (que él jamás habría elegido así, pues tenía muy buen gusto, pero que su madre escogió) y para disimular mis lágrimas volteo la vista ligeramente a mi derecha.

Alta, delgada, seca y más erguida que yo, su nuera-jamás, Doña Natalia observa atentamente al sacerdote. Vaya valentía la que tiene. Esa mujer no llora, nunca ha llorado, ni siquiera cuando parió al hoy finado, su primogénito. No lloró cuando el abuelo, mi nunca-suegro, sentimental como era, la abandonó por la práctica razón de considerarla insoportable. No lloró jamás en bautizos, ni en bodas (no puedo incluir la mía por razones obvias), ni con la más lacrimógena de las radionovelas. Admirable, a sus ochenta y ocho años.

Pasó sus duros ojos verdes por mis coordenadas, primero cartesianas y después polares. Por supuesto ella sabía de mí, aunque para ella yo no era nadie. Sostuve su mirada durante el tiempo que los manuales de urbanidades señalan como apropiado. Conté en voz baja hasta cinco, y me volví hacia Marcia Marcela, la otra. Al verla me transporté diecinueve años en el pasado y recordé la boda de Nati, Marcia Natalia, su hija mayor.

Traía el mismo vestido sedoso, lleno de escarolas, pastelero, pero ahora en versión de luto. Unos lentes negros cubrían sus ojos y sus gruesos tobillos soportaban sin esfuerzo su matronil humanidad. No es necesario aclarar que yo no había sido invitada a esa boda, eso habría sido imposible. Él me mostró en su momento fotos del acontecimiento, fotos debidamente seleccionadas, como luego se verá. Me llamó la atención que Marcia Marcela siempre llevara guantes en las ocasiones sociales, hoy negros. Por pura bondad traté de imaginarme que no era un problema de lesa moda, sino que no había tenido tiempo de hacerse el maniquiur, en cuyo caso los guantes se justificaban ampliamente. Se le ocurrió ponerse un velo negro, tal vez copiado de alguna película en blanco y negro. Pero ella, Marcia Marcela, tenía todo el derecho, ella era la ex viuda. Yo la ex nadie. Yo vestía de gris.

Mirándola me sentí como en un cuento de Bradbury. Por lo menos dos familias reclamábamos al mismo muerto. Me imaginé la esquila que se encargaría de poner en los periódicos: "amante hijo, esposo y padre, recibió la bendición papal y los auxilios etcétera". Y me indigné de antemano, él jamás habría solicitado ni la bendición papal ni el perdón de sus pecados.

Desconozco su situación postmortem, pero en vida fue un ateo irredento. Quería, y así me lo manifestó desde los inicios de su enfermedad, que su cuerpo fuera cremado y que yo esparciera sus cenizas al pie del Nevado de Toluca (petición en que se mostró muy considerado hacia mí, pues conocía perfectamente mi fobia a las alturas). Su deseo encendido y gélido a un tiempo no pude cumplirlo. Su cuerpo, mucho tiempo mío, quedó bajo la custodia de la familia oficial. Luisa Amanda, la segunda de las hijas se encargó de los trámites.

Marcia Natalia, Luisa Amanda y Silvia Eugenia, las tres hijas, me miraban de soslayo. Me reprochaban en silencio, estoy segura, mi presencia en el acto fúnebre. Por su parte Jorge Gerónimo, el menor, no traslucía ningún sentimiento hacia mí. Encogido en su traje negro, desgarrado e infeliz, miraba contando las paletadas de tierra que caían sobre su padre. Los genes tan preciados, que él había defendido por sobre tantas cosas, los genes egoístas de Dawking, aún estaban vivos.

Entonces sucedió algo inesperado. Marcia Marcela dejó su lugar y se dirigió hacia donde yo estaba. Junto a mí, arrojó a la tierra un ramo de rosas blancas (flores que él siempre había considerado cursis) que traía y, sin yo saber si ella me estaba mirando, me ofreció una. Me sorprendió tanto su generoso gesto, que tardé unos segundos, seguramente perceptibles, en tomar la rosa; involuntariamente pensé que, de la docena original, yo sólo podía ofrecerle a él una flor.

Confieso que yo traía preparada otra cosa, más sentimental. En una cajita metálica había guardado un poco de mis cabellos para dejárselos y sentir que una parte de mi cuerpo se quedaba junto al suyo. (Hoy, al recordarlo me invade un ligero escalofrío). Pero ante el ofrecimiento de la rosa y sintiendo sobre mí la mirada de todos, no tuve valor de dejar caer la cajita y arrojé la rosa.

Las lágrimas se me vinieron sin quererlo y con el corazón palpitando aún por ese hombre, que había sido el amor de mi vida, me di la vuelta y fui a refugiarme detrás de unos árboles suficientemente lejanos.

Perdí la noción del tiempo. Cuando dejé de llorar, me percaté de que todos se habían ido. Regresé a la tumba, ahora cubierta por un enorme y feo monumento de mármol gris, que él habría rechazado por grotesco. Escarbé ligeramente a un lado de la losa y enterré mis cabellos mientras le pedía, le exigía, que ya fuese en el cielo o en el infierno, en los que nunca había creído, me esperase y que yo fuese la única.

Un crujido de hierbas secas atrás de mí me hizo casi saltar de susto. Al incorporarme vi a Marcia Marcela.

||

Ella había sido rubia y seguía siéndolo gracias a la química, como se traslucía a través de su velo. Pasé mi mano desensortijada por mi pelo lacio y lleno de

Fragmento de novela

canas. Recordé con cierta satisfacción cuánto me alababa él que no usara afeites.

–Buenas tardes –dijo Marcia Marcela con la propiedad que le era característica.

Miré el reloj de reojo: eran las 12:03. Estoy segura que cuatro minutos antes me hubiera dicho buenos días.

–Buenas tardes –respondí, aunque eran las peores de mi vida.

–Pensé que se había ido –me dijo mintiendo y sin tutearme, cosa que le agradecí sobremanera.

–No, simplemente me alejé.

–Temí que lloviera –dijo, supongo que mirándome a través de sus lentes polarizados reflejantes y refractantes.

–En todo caso –contesté con poca simpatía– no habría sido el peor acontecimiento de hoy.

–No –movió la cabeza– podría haber granizado.

Confieso que su sentido del humor, negro como su atuendo, era sutilísimo, aun para mí, apodada la filosa. Por lo demás, no me sentía de humor para la consabida y circunstancial charla meteorológica.

–Todo se debe al efecto mariposa.

–Hm –asintió sin yo saber por qué y quedó un rato callada.

No sabía si despedirme e irme. La situación era embarazosa para ambas viudas, la oficial y la extraoficial. Pero ella se resistía.

–Lamento que sea en estas circunstancias que...

Me bautizaron Nadia, pero realmente soy Medea. Soy susceptible, celosa y vengativa, en ese orden. Sé que tengo la lengua bífida, que destilo veneno a cada paso, si es que se me permite la figura en el caso reptiliano.

Qué lamentas, pensé, ¿que nos encontremos? ¿que nos enfrentemos? La verdad es que me irritó su humildad. Es más cómodo manejar la grosería o el desprecio. Y volvió a mi mente el asunto de la rosa. Me sentí en desventaja y una idea que en ese momento no acepté como infantil hizo presa de mí.

–Gracias por la rosa –dije con sobrado veneno– pero él las detestaba.

–No lo creo –contestó sin fingido decoro y suspiró.

Pero el mal ya estaba hecho. Caminamos a lo largo de la vereda que conducía a la puerta del cementerio sin decir una palabra y nos despedimos de mano, sin imaginar el futuro.

III

No hubo lectura de testamento a la Ágata Christie. Me dejó, porque se quedaron en casa, su piano, sus pinturas, algunos libros y su ropa.

Me dejó miles de recuerdos, que a la luz de la muerte se agudizaron. Como en un buen paisaje al óleo, los planos se destacaron, se separaron unos de otros. Los buenos momentos se tornaron en magníficos y los magníficos en excelsos. Los malos, mejor ni evocarlos.

Dejó en su ropa el olor de su persona, ese olor masculino y delicioso que emanaba al llegar cansado por la noche, el olor de la piel de sus muslos y de sus brazos. Me arrebató el placer de oír los últimos cuartetos de Beethoven, pues nunca más pude escucharlos en su ausencia. Se llevó consigo la sexualidad de mi vida, la satisfacción de mis deseos, la sensación de estar siempre cuidada.

Detesto que se haya ido, odio darme cuenta de cuánto sentido le daba a mi vida. Odio la sensación de amargura que me embarga cuando pienso que en la última discusión que tuvimos pude ser menos dura. No soporto, por ahora, ver su fotografía, ni reconstruir el último abrazo.

Se llevó demasiado, y eso es una injusticia. Cincuenta años de su vida no me pertenecieron. No me asomé a sus enormes ojos de cinco años, cuando le compraron aquel globo rojo. No lo conocí de dieciocho, flaco y pelado como concripto. No fui su primer amor. No viví sus problemas juveniles ni sus angustias maduras. No tuvimos hijos él y yo. Es una injusticia, y así se lo hice saber ayer por la noche, en voz baja, mientras por costumbre preparaba su agua de naranja.

IV

Afortunadamente me llamó Flora por teléfono. Como todas las hijas está pendiente de su madre. Le hice un breve resumen del acto fúnebre.

–En todo caso no debiste aceptar la rosa.

–Pero qué querías que hiciera.

–Ay mamá, como si no te conociera. Media vuelta y marchen.

–Pero imagínate, todo mundo pendiente de lo que yo hiciera o dejara de hacer.

–¿Y desde cuándo te ha importado lo que los demás piensen de ti?

–Siempre me ha importado, hija mía. Sólo que he fingido, para que me creyeras fuerte y decidida.

–Lo que no toleraré es que ella me viniera con el cuento de que lamentaba que en esas circunstancias etc., etc.

–¿Y qué tal que lo decía de corazón?

Quedé muda. Era como cuando de chica me decía que el vestido nuevo no me quedaba o que la había regañado sin razón. Reproche, en pocas palabras.

–Comprende mi situación –respuesta obligada de Nadia a Flora.

–Mami –me dijo sinceramente, como siempre– fuiste muy ruda con ella.

Pero eso no fue lo que la hizo empezar a llorar a kilómetros de distancia. Flora vive en otra ciudad con su marido y no le fue posible llegar al sepelio.

–Mamita, no pude ir, no le dije adiós a mi Gus.

Si no tuviera veintitrés años le sonaría los mocos vía microondas. Pero se repuso y asumió su papel protector.

–Ma, ¿quieres que vayamos a verte?

-No, no se preocupen por mí.

-Mamita... te quedaste sola.

Suspiró tan fuerte que casi me partió el alma.

V

Hoy me decidí a abrir el álbum de fotos. Estaba empezando, tres días después de no verlo, a olvidar sus rasgos. Éste es un fenómeno por demás extraño que espero que las neurociencias puedan explicar satisfactoriamente. Entiendo ahora por qué hay gente que recurre a un médium. No se crea que soy de tendencias esotéricas, pero sí me gustaría que se sepa que me conformaría con ser visitada por su espíritu. Como la virgen María.

En la foto que he cogido al azar aparecen Gustavo y Flora. Están en el jardín de una de las primeras casas en que vivimos juntos. Sobre una mesa de piedra y cemento hay un pastel de cumpleaños que simula un abanico de encaje. Gustavo se inclina sobre Flora, quien pretende apagar las velitas, ocho, de un solo soplo. Instante congelado. Si yo tuviera la pluma de Cortázar podría ver el humo de tres velas y a Gustavo ayudándola para terminar con las otras, Flora se enoja porque su deseo, que nunca nos dirá, no ha de cumplirse. Gustavo la abraza y le palmea la espalda con tal fuerza que la hace toser. Dejo la cámara sobre el pasto y los abrazo a los dos.

Cuando encontré a Gustavo, Flora tenía tres años. Él le enseñó la letra manuscrita, le dibujó en su primer cuaderno los alimentos de origen vegetal y le curó el primer raspón de los patines, él la vio crecer. Por él Flora apreció a Rembrandt y por él Flora se dedicó a la música. Gustavo recogió los dientes que Flora iba desechando cada mes, caminó a su lado incontables veces las cuevas de Contreras y repasaron la escala de La Mayor con una perseverancia férrea. Le enseñó a usar el taladro y a cocinar las famosas enfrijoladas y la regañó por las calificaciones de francés. A cambio, Flora lo adoró y lo llamó siempre "mi Gus".

Para Gustavo ella nunca fue "mi Flora". El secreto de la estructura de su ADN se lo llevó a la tumba, pero sé que para él la transmisión de los genes era un asunto primordial. La diferencia entre Marcia Natalia, Luisa Amanda, Silvia Eugenia y Jorge Gerónimo y Flora, era cromosómica.

Gustavo de piel árabe, ojos oliváceos, cuerpo griego y aire mediterráneo. Flora blanca y esponjada como el pan, chapeada como una Venus informal, de ojos misteriosos y sombreados. Por supuesto, después de años de convivencia, la gente extraña se admiraba por su gran parecido. Pero para Gustavo eso era una vil mentira. A las pruebas inmunocitoquímicas se remitía.

Guardé la fotografía, cerré el álbum y puse una canción de Roberto Carlos. Gustavo me las tenía prohibidas por corrientes.

No se inquieten, amigas mías, no voy a suicidarme. Vinieron a verme Herminia y Sandra con caras compungidas para darme el pésame e insistirme que no debo estar sola, por lo menos no durante lo que llamaron el luto. La verdad es que ni me he vestido de negro ni mi depresión es algo intolerable. He llorado, no lo niego, pero de allí a que Hermi revise disimuladamente el cajón del buró a ver si no guardo diez frascos de barbitúricos mientras Sandra me entretiene en la cocina, hay bastante. Aunque no deja de conmoverme su preocupación por mí.

Lo imperdonable es que para darme ánimos hayan empezado a hablar mal del difunto.

—Por lo menos —dice Sandra quitándose el suéter negro de cashmere— no tendrás que fastidiarte guisando.

Herminia, que aunque ustedes lo duden es tímida, la reconviene.

—Qué cosas dices. Una boca menos no es un consuelo para Nadia.

—Yo no tengo pelos en la lengua. Nadia sabe que no lo hago por ofender.

No intervengo. Es como si viera un partido de pinpón. La pelota va y viene y yo sólo cuento los tantos.

—Pero Nadia nunca se ha quejado de la cocina.

—Nunca se quejó de cocinar, sino de tener que pensar en qué cocinar. Lo que sí te digo es que debió cumplirle a Nadia aunque fuera en artículo mortis.

—¿Cómo, si estaba anestesiado?

Lo de cumplirme, para quien no se haya enterado todavía, es sinónimo de casarse conmigo.

—Hizo muy mal. ¿Cómo es posible que después de veinticinco años de vivir juntos, no legalizara la unión?

—En eso estoy de acuerdo —dijo Herminia— se portó mal.

—Aunque, pensándolo bien, un papel no lo es todo.

—No, pero es un compromiso. Para Gustavo, Nadia siempre fue la otra.

—Aunque la haya querido tanto.

—Yo jamás habría aceptado vivir fuera del matrimonio.

Es que no conociste a un Gustavo, pensé.

—Supongo que nadie te lo llegó a proponer —sonrió Sandra, con un dejo que recordaba mi propio tósigo.

—Imagínate el ejemplo para Flora.

—Afortunadamente Flora se casó bien.

Aunque un poco rudos, estos son comentarios sin maldad. Las conozco de años.

—Por cierto, Nadia, ¿cómo está Flora?

—Bien —contesté— me llamó el otro día.

—Como que ya es hora de que te haga abuela —sentenció Sandra.

—Es una de las satisfacciones que nos deben los hijos —dijo Hermi como si lo estuviera leyendo de alguna revista femenina.

—En efecto —intervino vitriólicamente Sandra —aunque sean adoptados.

Se refería al nieto de Herminia. Vivi había resultado infértil.

Fragmento de novela

Herminia enrojeció hasta las orejas, dijo tuché con gracia, y absolutamente convencida, enunció lo siguiente:

–No hay como los hijos de tu propia sangre...

Este detalle hemático rebasó mi paciencia. Se suponía que estaban en contra de Gustavo y sin embargo pensaban, al menos en este punto, de idéntica manera. Sangre, genes, árbol genealógico, qué más daba.

Queridas lectoras, ¿han alguna vez fingido un dolor de cabeza para que se vayan a casa sus amigas del alma?

VII

Por cierto, cuando el papá de Sandra murió, hace bastantes años, ella, sus hermanas y su mamá se vieron en grandes trabajos para ordenar los papeles del finado. A veces pienso que las almas en pena son las que murieron intestadas, con deudas y con la póliza del seguro de vida vencida. Podría ser.

Tal es un nuevo indicio de que Gustavo no vendrá a visitarme ni a sonar cadenas (si es que se las dejó poner). Porque los papeles del finado, en el caso que me ocupa, se limitaban a documentos intrascendentes. Dicho de otro modo, operativo quizá, yo no habría podido comprobar la existencia de Gustavo. Ni acta de nacimiento, ni título profesional, ni cartilla; tampoco cuenta bancaria, talones de pago de nómina o facturas de algún tipo. Para rematar, ni su acta de defunción forma parte de mi archivo. Hombre caucásico, 75 años, 1.79 metros, lunar en mejilla izquierda. Pasaporte para la otra vida.

Pensándolo bien, ni esos papeles ausentes (presentes en otro lugar) ni las pantuflas azul marino que están en el clóset son evidencia de la existencia de Gustavo. Quien tendría la palabra sobre este tópico, desafortunadamente ahora guarda silencio. Sólo él supo dónde y a quién perteneció. Cuando me presentaba como “mi mujer”, ¿a qué se refería? La mujer que me da de comer, la mujer con la que duermo. La mujer sin la cual no puedo vivir. En las raras conversaciones donde aparecía el tema de Marcia Marcela, ella no era “mi ex esposa”. Era “la madre de mis hijos”, título que me sonaba grotesco e impropio, tanto como elevar a los altares a la elegida “sagrada reproductora de mis genes”.

No se preocupen, no estoy desvariando. Varios vecinos vinieron a darme su más sentido pésame, de modo que se deduce que Gustavo a los ojos de la sociedad era mi marido. Pero no me he atrevido a poner sobre la puerta de entrada un moño negro como los que se usan por acá. Me atrevería si Flora viviera conmigo todavía. Ella siempre le dijo a la gente que Gus era su papá.

Mentiría si les dijera que regresé a trabajar tan fresca como una lechuga. Estaba ojerosa y desvelada, más canas y menos kilos, arrugas más profundas y propensión al llanto. De los cinco días que había pedido, tres me había dedicado a estar muy triste, y los restantes a ordenar las cosas de Gustavo, sin hacerlo realmente. En cierto modo era mejor regresar a la oficina, atender a la

gente, escribir informes y tomar café a litros. Por fortuna nunca había tenido una foto de él sobre el escritorio. Necesitaba un espacio que no me lo recordara y esta oficina era el lugar adecuado.

La cruda alcohólica es terrible, según me han dicho. Pero la cruda cafetosa, señores, no le va a la zaga. Después de horas de actividad y enajenante olvido regresé a casa. Pero no pude entrar.

No se vaya a concluir que alguien había cambiado la chapa, o que los ladrones me impidieron el paso. Jamás, lo juro, me han embargado mis acreedores. Fue simplemente que no me atreví a meter la llave, darle vuelta, abrir y encender la luz. Me río de apariciones, no se trataba de asuntos fantasmagóricos. Era que tenía que enfrentarme nuevamente a la ausencia de Gustavo, mi amado, mi adorado. Mi angustia podía medirse en milibares.

No se preocupen, de allí no pasó la cosa. No me tengan conmiseración, estoy bien. Lo que siguió es que llamé a Teresa, mi hermana: me llevó al médico, quien me recetó calmantes. Terminé la velada dormida en la recámara floral de Moni, mi sobrina, con la misma sensación de que caía al vacío, pero que gracias a la droga no me importaba.

